

Apuntes sobre la poesía

Vasko Popa

La poesía

Amaneces y miras: todo está ya aquí, el árbol, la serpiente, la piedra, el sol. Nada te ha esperado. Nada se fija en ti, nada te preguntan, todo esto está aquí y sigue su camino.

Y entonces, desde una obstinación profunda, desde quién sabe qué, tú también te pones en movimiento para crear, a tu manera, algo a partir del barro, del sueño, del respiro desnudo, de cualquier cosa a tu alcance. Lo largas al mundo y sientes temor: no sabes si empezará a caminar, a hablar, no sabes si sobrevivirá.

Y si será así –y a menudo lo es– esto tuyo, por ti creado, rápidamente, también comienza a caminar por sí mismo.

Pero, entonces, ¿es esto lo que quieres?

(1953)

La puerta

¿Por qué abrir estas puertas?

Bastante tiempo empleas en buscarlas hasta descubrirlas. Ora están en una pared, ora en otra; ora en el desván, ora bajo la misma almohada.

Y de este modo con dificultad se abren. Te arrancas las uñas hasta descubrirlas. Y no puedes detenerte en el umbral más que por un instante: oscurece ante tus ojos, te lanzarías al vacío.

¿Por qué abrir estas puertas que no conducen a ninguna parte? Les despliegas las alas y ante ti bostezan las tinieblas, las vacías tinieblas. Si condujeran, al menos, a otro cuarto, o al jardín, o a un balcón con buena vista.

Y, sin embargo, hay que abrirlas. A cualquier precio hay que abrir estas puertas.

Porque sí no más, para que corra el aire.

(1954)

Instante del buen hablar

Miras el infinito a tu alrededor. En él no todo está a tu alcance. Ves el infinito en ti mismo apenas cierras los ojos. En él nada te es inalcanzable. Los muros de las sienas te han dividido para siempre entre ellos, y tú nunca ni de ningún modo quieres vivir dividido, pues eres parte inseparable del mundo. Y tienes derecho a todo. No puedes permanecer eternamente encerrado en ti mismo, no puedes, tampoco, ni por un instante dejarte abandonado. Desde que sabes de ti, siempre la misma pregunta: ¿Cómo vivir no estirado entre estos dos infinitos, entre lo imaginario en ti y lo cruel a tu alrededor? ¿Cómo mantenerse en la tenue piel de la vida? Si, esto: ¿cómo de día en día y de noche en noche ligar el fin con el fin?

¿Cómo? Tú lo haces con las palabras. Es tu oficio o, al menos, piensas que lo es. Palabras, montañas de palabras que no te dejan ver el sol, ríos de palabras, llena tu boca, llenos tus oídos. ¿Por qué las palabras en todo momento? Como si a alguien le preocuparan las palabras. Más simple sería partirle la cabeza. Si algo hay en ella, que esto salga a la luz del día, que se muestre a los ojos del mundo. Todo te sería diferente, entonces. Y si en esta maldita cabeza no hay nada, tanto mejor: significa que todo esto ha sido sólo una pesada ilusión. Lo único que te faltaría: que te convirtieras en un ilusionista. ¿Quizás, bajo las bóvedas del cerebro no exista nada más que la imagen? Pero desde cuándo las imágenes muerden? Las imágenes vivas, ¿verdad? ¿No es así?

Sea como fuere, quedan estas palabras. Determinadas, incambiables, palabras maternas. Ellas son la única posible encarnación de toda la realidad, de una y de otra parte de la frente. Las repites en ti mismo, las alimentas con tu sangre y tu sueño, para que resistan al respiro del espacio y al diente del tiempo. Para que sean como nunca han sido hasta ahora, como ahora deben ser. Y aquí no hay dios. O las palabras te serán irrepetibles, como es irrepetible tu vida, este instante apenas en el destino de tu pueblo, o búscate otro trabajo.

Tamizas así las palabras, una a una, a través de tus dientes, y en las mismas confrontas y unes tu propio infinito con el infinito exterior. Las unes afuera, pero según leyes que no saben de lo imposible y que reinan dentro de ti. Lo haces así porque de otro modo no sabes, lo haces por tu vida, que sólo en un único mundo, y por ello únicamente real, puede persistir. Haces esto ingenuamente como si fueras el primer hombre que ha mirado el mundo, haces esto desconsideradamente como si fueras el último hombre que mirará el mundo. En esto consiste tu responsabilidad ante tu pueblo, sin el cual no existirían ni tú ni la bella lengua que te ha tocado en suerte.

(1955)

Cosas de la poesía

No quieres que tus palabras se queden en nombre y apellido de las cosas. Imaginadas sombras de las cosas. Tú quieres que tus palabras sean cosas y la creación misma. Así, por lo demás, te comportas con ellas.

Borras, borras todo el mundo, hasta no quedarte solo con las palabras. Y ellas, entonces, no tienen adonde ir. Tienen que serlo todo. Todo en el mundo. Todas las cosas. Tú eres, entonces, su dios: pues, entonces, ni tú tienes adonde ir.

Y entonces, sólo entonces empieza la verdadera empresa, la que debe mostrar qué puedes tú hacer con las palabras y qué pueden las palabras soportar que se haga con ellas.

Esta empresa es loca y cara, no lo niegas. Pero tiene también su irresistible encanto, reconoces. De lo contrario, no lo volverías a hacer, sin tener en cuenta las consecuencias. Sin considerar la sangrienta venganza de las cosas resucitadas que no saben de bromas.

(Hablemos abiertamente: que el sol pueda desplazarse de mano en mano, no te vendría a la mente ni a ti ni a ningún otro).

(1957)

Discurso en el vacío

¿Qué estás diciendo? La palabra sobre la palabra cabalga, la palabra en la palabra se asa, la palabra en la palabra se ríe. ¿Quién te comprende? ¿A quién le hablas? ¿A quién?

Hablas al muro. Hablas a la oscuridad, hablas para la oscuridad. Hablas a la fiebre. Hablas a los monstruos desde tus sueños malos. Hablas a tu muerte. Hablas a Su muerte, hablas a la muerte. Hablas a las aguachas. Hablas al vacío, hablas en el vacío.

¿Con qué palabras, digamos, dirigirte al muro? Que aquel que no te entiende, intente conversar con la oscuridad. Oigámosle cómo hablará.

Salvo la gente, existe en este mundo alguien y algo más en tu camino. En fin, tú mismo sabes que podrías entenderte del mejor modo con el vacío si tú te convirtieras en el vacío y con él, en su lengua, discutirías. Sólo que tú no lo quieres. No puedes salir de tus palabras que, cualquiera sea el modo en que las utilizas, restan humanas. De todos y de cada uno, pues.

Otra cosa es, naturalmente, por qué tú hablas con todo lo que, hace poco, hemos enumerado. ¿Por qué? En primer lugar, porque la palabra misma se

arranca de la garganta cuando choca con su propia fuerza. En segundo lugar, porque te parece que responden a preguntas que te beben los días y te devoran las noches, no hay que buscar caminos indirectos. Estás bajo el agua. Preguntas al agua. Estás en el fuego. Preguntas al fuego. Estás ante la muerte. Preguntas a la muerte.

(1957)

Secreto del poema

Me preguntan qué significa tu poema. ¿Por qué no preguntan al manzano qué significa su fruto, la manzana? Si pudiera hablar, el manzano les respondería más o menos así: «Hincad los dientes en la manzana y veréis qué significa».

¿Cómo extraer un significado de mis poesías? ¿Cómo colar mi poesía, machacarla, cocerla y servirla, a los que te preguntan, con el zumo del poema o con la poesía en polvo o con la poesía en cubitos concentrados?

Tú podrías, en broma, componer una poesía sobre tu poesía. ¡Bien pobre sería semejante poesía! Sería lo mismo que si el manzano improvisara una manzana con fragmentos de su tronco, sus ramas y hojas. ¿A qué serviría? ¿No demuestra esto que tú, justamente como el manzano, no eres el indicado para hablar de tu fruto? ¿No demuestra esto, dicho al paso, que tú en absoluto piensas en tu poema? Sólo tus poesías se parecen entre sí, se parece la una a la otra, y entonces, como un denominador común o algún nombre familiar, se agrega el tuyo.

Por lo demás, ¿qué significa la manzana? ¿Por qué nadie te responde? Tu poesía significa un secreto que en algún lugar de ti mismo ha nacido y madurado, y cuando esto se ha producido tú la has expresado en las sílabas de tu lengua. Si hubieras sabido qué significa este secreto no te habrías esforzado tanto en darla a la luz del sol, entre la gente y las nubes. Y está en los demás, y no en ti, responder a la pregunta de si el secreto se puede conocer o sólo experimentar, si se lo puede conquistar o sólo someterse a él, si se lo puede abrir o sólo aceptar de quedar en él encerrado.

Miras la poesía que ha levantado vuelo de tus manos, callas, descansas un rato, o al menos piensas que descansas y la dejas –a ella, tu poesía– que responda por sí sola a todas las preguntas, la dejas que, sola, sea su propia respuesta. Tú sólo puedes hablar de tu poesía como lector, pues eres, justamente, su primer lector. Entre los que te preguntan qué significa tu poesía, hay de todos modos lectores más sabios, experimentados e imparciales que tú.

(1966)

La mudez del poeta

Me preguntan cómo has creado tu poema. ¿Por qué no preguntan a la piedra cómo ha creado el pedregal o al pájaro cómo ha anidado a sus pichones o a la mujer cómo ha parido al niño?

La piedra no puede (digamos) hablar con ellos, la lengua de los pájaros no la entienden (o la han olvidado), mientras que la mujer les hablará de su amor, del camino de su amor, de las circunstancias amorosas, y no logrará decirles nada, en realidad, que constituya una respuesta más o menos certera a la pregunta formulada. ¿O acaso han escuchado alguna vez a una madre contar cómo ha creado la cabeza de su hijo, cómo le ha elegido la mente, el color de los ojos y le ha insuflado el alma? No crees. No sabría cómo hacerlo, y sin embargo no cesaría de afirmar que fue ella la que parió a su hijo y ninguna otra.

De este modo, tampoco tú podrías responder cómo has escrito tu poesía. Tú estás ante esta pregunta petrificado, la cabeza escondida bajo las axilas (pues alas no tienes), la mirada maternalmente confusa, estás como impotente, balbuciente y mudo como, o casi, la piedra, el pájaro o la mujer. Y si esta buscada respuesta fuera el precio que deberías pagar por cada poesía tuya, seguramente dejarías de escribir. O, tal vez, al fin de cuentas, dudarías de que eres tú quien escribe tus poemas. (¡Y esta duda, digámoslo entre nosotros, no sería tan infundada!)

Tú les contarás la ceremonia que, de costumbre, llevas a cabo sacrificada y extasiadamente, y que te conduce a la poesía. Les contarás, en realidad, el comportamiento que precede al nacimiento de la poesía, es decir el aspecto exterior de la ceremonia poética, el único del cual eres consciente. Sobre el otro, el aspecto secreto de la ceremonia, que corona el nacimiento del poema y se lleva a cabo en ti, no podrás, si eres sincero, pronunciar ni una palabra. Pues, sobre esto, tú, al igual que los que te preguntan, no tienes ni idea. Tu papel en la creación del poema es el papel del intermediario: tú intermedias para que la poesía que se crea en ti salga a la luz, capacitada para mantenerse en esta luz y para que, ulteriormente, sin tu ayuda, viva y actúe. Y ésta no es una tarea pequeña ni fácil, sólo que, acerca de la misma, no hay nada qué decir: una tarea, como toda tarea en la que la parte principal, decisiva, en el mismo hacedor o sin su conocimiento, ha sido ya realizada.

(1966)